

RESPUESTAS A UNOS ESTUDIANTES DE FILOSOFIA SOBRE EL OBJETO DEL PSICOANALISIS

Jacques Lacan

Réponses à des étudiants en philosophie sur l'objet de la psychanalyse. Redactadas el **19 de Febrero de 1966**, el texto de estas respuestas fue publicado originalmente en los *Cahiers pour l'Analyse*, nº 3, Paris, octubre 1966.¹

¹ El texto de los *Cahiers...* es introducido por medio de la siguiente nota: “Las preguntas reproducidas aquí fueron dirigidas al doctor Lacan por un grupo de estudiantes de la Facultad de Letras de París. Su texto fue redactado por M. G. Contesse. Agradecemos a éste por haber aceptado que las retomemos”. Habiendo traducido este texto hace ya varios años, a partir de un ejemplar de los *Cahiers...* que me habían prestado, he revisado la traducción confrontando con las versiones del mismo “publicadas” en *Petits écrits et conférences*, la conocida edición anónima de varios inéditos de Lacan, y en *Pas-tout Lacan*, recopilación de la mayoría de los pequeños escritos, charlas, etc., de Lacan entre 1928 y 1981, que ofrece en su página web la *école lacanienne de psychanalyse*. El texto fue finalmente publicado en Jacques LACAN, *Autres écrits*, aux Éditions du Seuil, Paris, avril 2001, pp. 203-211.

I.— CONCIENCIA Y SUJETO

— *Usted ha hablado del espejismo engendrado por la confusión de la conciencia y del sujeto, espejismo que la experiencia psicoanalítica denuncia. Ahora bien, la filosofía habla de conciencia (cogito cartesiano, conciencia trascendental, conciencia de sí hegeliana, cogito apodíctico de Husserl, cogito pre-reflexivo de Sartre...); ¿cómo da cuenta la experiencia psicoanalítica del desconocimiento engendrado en un sujeto por el hecho de identificarse a su conciencia?*

— *¿Qué es la conciencia para un psicoanalista?*

— *¿Es posible hacer “salir” a alguien de su conciencia? ¿El sujeto de una conciencia no está condenado a ella?*

Eso de lo que ustedes dicen que he hablado, me parece más bien que lo han extraído de un texto que escribí en homenaje a la memoria de Maurice Merleau-Ponty, el único, espero, en prestarse a una confusión que debo esclarecer ante todo en vuestra lectura.²

Escribí que “el «yo pienso» al que se entiende reducir la presencia (según lo que precede: la del sujeto fenomenológico) no cesa de implicar [...] todos los poderes de la reflexión por lo cual se confunden sujeto y conciencia”. Esto no quiere decir que no haya allí nada confusional. En un punto eminente de la ascesis cartesiana, el que precisamente invoco aquí, conciencia y sujeto coinciden. Es tener este momento privilegiado como exhaustivo del sujeto lo que es engañoso — por hacer de él la pura categoría que la presencia de la mirada como opacidad en lo visible vendría a encarnar de la visión (contexto de mi frase).

Al contrario, es de ese momento mismo de coincidencia, en tanto que es captado por la reflexión, que entiendo marcar el lugar por donde la experiencia psicoanalítica hace su entrada. De sólo considerárselo en el tiempo, ese sujeto del “yo pienso” revela lo que es: el ser de una caída. Yo soy lo que piensa: “por lo tanto yo soy”, lo he comentado en otra parte, señalando que el “por lo tanto” {*donc*}, trazo

² cf. Jacques LACAN, «Maurice Merleau-Ponty», en *Les Temps Modernes*, 1961.

de la causa, divide inauguralmente el “yo soy” de existencia del “yo soy” de sentido.

Esta hendidura {*refente*}, es propiamente aquello cuya experiencia cotidiana nos da el psicoanálisis. Tengo la angustia de la castración al mismo tiempo que la considero imposible. Tal es el crudo ejemplo por medio del cual Freud ilustra esta grieta, reproducida en todos los niveles de la estructura subjetiva.

Digo que se la debe tener por principal, y como el primer movimiento de la represión original.

Digo que las “conciencias” filosóficas que ustedes ponen en serie hasta su culminación en Sartre, no tienen otra función que la de suturar esta hiancia del sujeto, y que el analista reconoce en ello la apuesta que consiste en echar el cerrojo a la verdad (para lo cual el instrumento perfecto sería evidentemente el ideal que Hegel nos promete como saber absoluto).

El pretexto con el que esta operación se cubre desde siempre, se traiciona por el estilo de buen apóstol que está especialmente ilustrado en el discurso de Leibniz. Es para “salvar la verdad” que se le cierra la puerta.

Por lo cual se impone la cuestión de un error inicial en la filosofía, desde que Freud produjo el inconsciente sobre la escena que él le asigna (“la otra escena”, la denomina) y le dió el derecho a la palabra.

Sobre lo cual Lacan vuelve, por cuanto que esta rotura del sello es tan temible que sus mismos practicantes no piensan más que en relegarla. Este derecho, digo, el inconsciente lo tiene por lo que él estructura de lenguaje, y me explicaría sobre el estrépito sin fin con el que Freud hace resonar este hecho, si ustedes me hubieran planteado la cuestión alrededor de los términos: inconsciente y sujeto.

Hubiera podido, entonces, aportarles este complemento: que esta razón misma no basta para fundar ese derecho, que es preciso allí, como en el fundamento de todo derecho, un pasaje al acto, y que es ante esto que el psicoanalista hoy se sustrae.

Es por esto que lo que yo enseño, no se dirige en primer término a los filósofos. No es, si puedo decir, en vuestro frente que yo combato.

Pues es notable que ustedes me formulen preguntas sin que por otra parte se inquieten respecto de en qué estoy fundado para sostener las posiciones que me atribuyen más o menos exactamente. El lugar de la enunciación, sépanlo, es esencial no elidirlo de cualquier enunciado.

Desconfíen pues de vuestra precipitación: por un tiempo todavía, no le faltará el alimento a la fruslería filosófica. Simplemente, el pasaje al acto psicoanalítico podría indicarle que reconozca la sustancia del lado de la penuria.

El psicoanálisis no tiene que dar cuenta a la filosofía del error filosófico, como si la filosofía, a partir de ahí, debiera “darse cuenta de ello”. No puede haber nada de eso, puesto que imaginárselo, es precisamente el error filosófico mismo. El sujeto no se equivoca al identificarse a su conciencia, como ustedes me hacen decir, Dios sabe por qué, sino por no poder más que dejar escapar de ahí la topología que se juega de él en esta identificación.

He dicho: topología. Pues aquí está lo que prevalece. Quiero decir que, sin la estructura, es imposible captar nada de lo real de la economía: de la catexia {*investissement*} como se dice, incluso sin saber lo que se dice.³

Es por carecer de la elaboración que ha preparado aquí para nosotros la lingüística, que Freud vacilaba en tomar partido sobre el origen de la carga, que él distinguía en la conciencia, muy perspicaz al reconocerla como desmesurada respecto de la debilidad de epifenóme-

³ La palabra francesa con que suele “traducirse” la *Besetzung* de Freud no ocupa exactamente el mismo campo semántico. Para lo que aquí nos interesa, digamos que *investissement*, en lenguaje militar, remite al hecho de ponerle sitio a una plaza (y no al de ocuparla, como sí remite el verbo alemán *besetzen*), y, en lenguaje financiero, que es actualmente el más cercano a la conciencia lingüística del francófono, al hecho de colocar capital, por lo que podría traducirse al castellano por “inversión”, aunque la anfibología de este término quizá sea lo que lleva a muchos a traducirlo, erróneamente, por “institución”, término más apropiado para traducir el francés *investiture*.

no al que entendía reducirla cierta fisiología, y liberándose de ella para indicar a sus seguidores el fenómeno de la atención para que se fueran a las manos.

Indicio aparentemente insuficiente: los psicoanalistas raramente han sabido servirse de una llave cuando Freud no les enseñaba cómo abrir con ella. Quizá el avance que emprendo este año hacia cierto objeto llamado *a* minúscula permitirá algún progreso al respecto.⁴

Espero entonces haber vuelto a poner en su lugar la función de una confusión que está ante todo en vuestra pregunta.

La continuación del texto, si es aquel al que ustedes se refieren, muestra precisamente que a lo que apunta en ese punto, es al peligro del rebajamiento del sujeto al *yo* {*moi*}. Es este recentramiento de la teoría psicoanalítica sobre el yo, lo que me ha sido necesario denunciar ampliamente, en un período en el que el psicoanálisis dormía, para volver posible un retorno a Freud.

Este accesorio desafectado, el yo especialmente, que no ha servido más que como insignia en la propia psicología desde que ella se quiso un poco más objetiva, ¿por qué hechizo se ha puesto de relieve ahí donde nos hubiéramos esperado que la crítica fuese retomada a partir del sujeto?

Esto no se concibe más que por el deslizamiento que ha sufrido el psicoanálisis al encontrarse confrontado a la explotación empresarial de la psicología, especialmente en sus usos de reclutamiento para los empleos.

El *yo autónomo*, la esfera libre de conflictos, propuesto como nuevo Evangelio por el señor Heinz Hartmann en el círculo de Nueva York, no es más que la ideología de una clase de inmigrantes preocupados por los prestigios que regenteaban la sociedad de Europa central cuando, con la diáspora de la guerra, tuvieron que instalarse en una sociedad donde los valores se sedimentan según la escala del *income tax*.⁵

⁴ cf. Jacques LACAN, Seminario 13, *El objeto del psicoanálisis* (1965-1966).

Anticipé entonces sobre la puesta en guardia necesaria, promoviendo desde 1936, con el *estadio del espejo*, un modelo de esencia ya estructural, que recordaba la verdadera naturaleza del yo en Freud, a saber, una identificación imaginaria, o más exactamente una serie envolvente de tales identificaciones.⁶

A propósito, tomen nota que en esa ocasión recuerdo la diferencia entre la imagen y lo ilusorio (la “ilusión óptica” no comienza sino en el juicio, antes es mirada objetivada en el espejo).

Heinz Hartmann, muy cultivado en estas materias, pudo escuchar este recuerdo desde el Congreso de Marienbad, donde lo proferí en 1936. Pero no se puede nada contra el atractivo de variar las formas del campo de concentración: la ideología psicologizante es una de ellas.

Ustedes, filósofos, no me parece que tengan necesidad de este registro de mis observaciones, salvo si ya Alain no les ha bastado.

¿Están ustedes lo bastante edificados como para dispensarme de responder sobre los medios de “hacer salir a alguien de su conciencia”? No soy Alphonse Allais, quien les respondería: desollarlo.⁷

No es a su conciencia que el sujeto está condenado, es a su cuerpo, que resiste de muchas maneras a realizar la división del sujeto.

⁵ impuesto a las rentas.

⁶ «Le stade du miroir. Théorie d'un moment structurant et génétique de la constitution de la réalité, conçu en relation avec l'expérience et la doctrine psychanalytique» («El estadio del espejo. Teoría de un momento estructurante y genético de la constitución de la realidad, concebido en relación con la experiencia y la doctrina psicoanalítica») fue el título de la comunicación de Jacques Lacan en el 14º Congreso Psicoanalítico Internacional, el que tuvo lugar en Marienbad, el 3 de Agosto de 1936. Lacan no dio su texto a la publicación, y se desconoce si dicho texto existe. No obstante, el *International Journal of Psychoanalysis*, 1937, tomo I, registra su título como «The looking-glass-phase».

⁷ Probable alusión al cuento de Alphonse Allais «El rajá se aburre».

Que esta resistencia haya servido para alojar toda clase de errores (entre ellos, el alma) no impide que esta división lleve a éste algunos efectos verídicos, tal como lo que Freud ha descubierto bajo el nombre ante el cual vacila todavía el asentimiento de sus discípulos: la castración.

II.— PSICOANÁLISIS Y SOCIEDAD

— *¿Cuál es la relación entre el sujeto de una praxis revolucionaria que apunta a la superación de su trabajo alienado y el sujeto del deseo alienado?*

— *¿Cuál es, según usted, la teoría del lenguaje implicada por el marxismo?*

— *¿Qué piensa de esa expresión reciente del Dr. Mannoni quien, hablando de la cura psicoanalítica (en una reciente reunión de los psicoterapeutas institucionales), la caracteriza como “la intervención de una institución en otra institución”?*

— *Esto plantea el problema de la función social de la “enfermedad mental” y del psicoanálisis. ¿Cuál es la significación social del hecho de que el psicoanalista debe ser pagado por el analizado? ¿El psicoanalista debe tener en cuenta el hecho de que su cura es una terapia de clase?*

Sujeto del deseo alienado: ustedes quieren decir, sin duda, lo que yo enuncio como: “el deseo de — es el deseo del Otro”, lo que es justo, salvo que no hay sujeto de deseo. Hay el sujeto del fantasma, es decir, una división del sujeto causada por un objeto, es decir, obturada por él, o más exactamente, el objeto cuyo lugar en el sujeto tiene la categoría de la causa.

Este objeto es el que le falta a la consideración filosófica para situarse, es decir, para saber que ella no es nada.

Este objeto es el que en el psicoanálisis llegamos a que salte de su lugar, como la pelota que escapa de la refriega de los jugadores para ofrecerse a la marca de un tanto.

Este objeto es aquel tras el cual se corre en el psicoanálisis, aun poniendo toda la torpeza posible en su aprehensión teórica.

Solamente cuando este objeto, el que yo denomino el objeto *a* minúscula, y que he puesto en el título de mi curso de este año como el objeto del psicoanálisis, tenga reconocido su estatus, es que se podrá dar un sentido al pretendido objetivo que ustedes atribuyen a la praxis revolucionaria, de una superación por el sujeto de su trabajo alienado. ¿En qué puede uno superar la alienación de su trabajo? Es como si ustedes quisieran superar la alienación del discurso.

No veo para superar esta alienación más que el objeto que soporta su valor, lo que Marx llamaba, en una homonimia singularmente anticipada del psicoanálisis, el fetiche, estando entendido que el psicoanálisis devela su significación biológica.

Ahora bien, este objeto causal es aquel cuyo corte regulado toma forma ética en el aburguesamiento que sella a escala planetaria la suerte de lo que se llama, no sin pertinencia, los cuadros.

Encuentren ahí un lineamiento de lo que podría hacer pasar la pregunta de ustedes al estado de esbozo.

Pero para evitar toda equivocación, tomen nota de que yo sostengo que el psicoanálisis no tiene el menor derecho para interpretar la práctica revolucionaria —lo que se motivará más adelante—, sino que, al contrario, la teoría revolucionaria haría bien en tenerse por responsable de dejar vacía la función de la verdad como causa {*cause*}, cuando ésa es sin embargo la suposición primera de su propia eficacia.

Se trata de cuestionar {*mettre en cause*} la categoría del materialismo dialéctico, y se sabe que los marxistas no son fuertes para hacer esto, aunque en conjunto sean aristotélicos, lo que ya no está tan mal.

Sólo mi teoría del lenguaje como estructura del inconsciente, se puede decir que está implicada por el marxismo, si no obstante ustedes no son más exigentes que la implicación material con la que nuestra última lógica se contenta, es decir, que mi teoría del lenguaje es ver-

dadera cualquiera que sea la suficiencia del marxismo, y que ella le es necesaria cualquiera que fuere el defecto que le deje.

Esto, para la teoría del lenguaje que el marxismo implica lógicamente.

Para la que ha implicado históricamente, no tengo todavía casi nada para ofrecerles, dada mi modesta información de lo que sucede más allá de cierto telón doctrinal, más que treinta páginas de Stalin, que han puesto fin a los retozos del *marrismo* (del nombre del filólogo Marr, quien tenía al lenguaje por una “superestructura”).

Enunciados de buen sentido primero concernientes al lenguaje, y particularmente sobre este punto: que *no es* una superestructura, por lo cual el marxista se ubica en adelante, en lo que concierne al lenguaje, muy por encima del neopositivismo lógico.

Lo mínimo que ustedes podrían concederme, en lo que concierne a mi teoría del lenguaje, es, si eso les interesa, que ella es materialista.

El significante es la materia que se trasciende en lenguaje. Les dejo a ustedes la elección de atribuir esta frase a un Bouvard comunista o a un Pécuchet a quien ponen alegre las maravillas del A.D.N.⁸

Pues estarían equivocados de creer que me inquieto por la metafísica hasta el punto de hacer un viaje para encontrarla.

La tengo a domicilio, es decir, en la clínica, donde le charlo en unos términos que me permiten responderles, lapidariamente, sobre la función social de la enfermedad mental: su función, *social*, han dicho bien, es la ironía. Cuando tengan ustedes la práctica del esquizofrénico, sabrán de la ironía que lo arma, la que lleva a la raíz de toda relación social.

⁸ Alusión a los personajes de este último libro de Flaubert, finalmente inconcluso, *Bouvard et Pécuchet*, dos copistas más bien imbéciles a quienes una herencia permite dedicarse al estudio de las más heterogéneas disciplinas.

Sin embargo, cuando esta enfermedad es la neurosis, la ironía fracasa en su función, y es el hallazgo de Freud haberla reconocido allí de todos modos, mediante lo cual la restaura en su pleno derecho, lo que equivale a la curación de la neurosis.

Ahora el psicoanálisis ha cargado con la sucesión de la neurosis: tiene la misma función social, pero también fracasa en ella. Yo intento restablecer allí en sus derechos la ironía, mediante lo cual tal vez también nos curaremos del psicoanálisis de hoy.

Que el psicoanálisis deba ser pagado no implica que sea una terapia de clase, sino que ambas cosas son todo lo que queda actualmente de la ironía.

Esto puede pasar por una respuesta demasiado irónica. Si ustedes reflexionan en ello, les parecerá seguramente más auténtica que si yo los remitiera a lo que he dicho más arriba de la función del fetiche.

Me percató que he dejado de lado a Mannoni, a falta de saber lo que ha dicho exactamente. Lo encontraremos pronto en *Les Temps Modernes*.

III. — PSICOANÁLISIS Y FILOSOFÍA

— *¿Hasta qué punto puede el psicoanálisis dar cuenta de la filosofía, y en qué sentido está habilitado para decir que la filosofía es la paranoia (en un texto inédito de Freud, que comenta Kaufmann)?*

— *Si la ilusión es la última palabra de la sublimación, ¿qué relación tiene ésta con la ideología? ¿No es la sublimación una forma de alienación?*

— *¿Cómo, en el interior de la enseñanza de la filosofía, concibe usted la del psicoanálisis?*

Ya he dicho bastante al respecto como para ser breve, pues todo esto no me gusta mucho que digamos.

Que la filosofía resulte de la paranoia, proviene de la etapa salvaje de la ironía freudiana. No es por cierto un azar que Freud la reserve a lo inédito (la referencia a Alphonse Allais no estaría aquí todavía fuera fuera de lugar, no nos asombremos entonces de encontrar allí a Kaufmann, quien conoce la ironía).

Lamento que ustedes crean que la sublimación es una ilusión. La menor lectura de Freud los convencería de que él dice exactamente lo contrario.

La religión, sí, una ilusión, dice Freud, pero es que ve en ella una neurosis.

Yo no sé lo que puede esperarse del interior de la enseñanza de la filosofía, pero recientemente he tenido una experiencia que me ha dejado dubitativo: es que el psicoanálisis no pueda contribuir allí a lo que se llama la hermenéutica, más que al volver a llevar a la filosofía a sus vínculos de oscurantismo.

Pues poner de relieve lo económico en la materia, es decir lo oscuro (puesto que al mismo tiempo, uno se jacta de no haber hecho su experiencia), en el punto mismo en que como filósofo debería confrontarse con el escollo del sujeto,⁹ esto resulta de la misma operación por la que se forma el célebre fantasma del Hombre de las Ratas, quien puso dos paquetes de mierda sobre los ojos que, como por azar, eran los de Anna Freud, la hija de su psicoanalista.

Así el filósofo operaría con la verdad, cuando ella arriesga verlo en su particular pobreza.

Pero todo esto no es tan grave, y los objetivos religiosos están aquí suficientemente confesados (casi no se ocultan en nuestros días) como para que podamos decir que el psicoanálisis no está interesado en ello.

⁹ Probable alusión a Paul Ricoeur, quien el año anterior había publicado su libro *De l'interprétation. Essai sur Freud* (versión castellana: *Freud: una interpretación de la cultura*, Siglo Veintiuno Editores).

IV. — PSICOANÁLISIS Y ANTROPOLOGÍA

— *¿Puede haber o hay una disciplina fundamental que daría cuenta de la unidad de las ciencias humanas? ¿Hay un objeto único de las ciencias humanas?*

— *¿Puede el psicoanálisis fundar una antropología?*

La mejor antropología no puede ir más allá de hacer del hombre el ser hablante. Yo mismo hablo de una ciencia definida por su objeto.

Ahora bien, el sujeto del inconsciente es un ser *hablado*, y éste es el ser del hombre; si el psicoanálisis debe ser una ciencia, ése no es un objeto presentable.

De hecho, el psicoanálisis refuta toda idea del hombre hasta ahora presentada. Hay que decir que todas, tantas como fuesen, ya no se sostenían para nada desde antes del psicoanálisis.

El objeto del psicoanálisis no es el hombre; es lo que le falta — no falta absoluta, sino falta de un objeto. Todavía es necesario entenderse sobre la falta de la que se trata, esto es lo que pone fuera de cuestión que se mencione su objeto.

No es el pan escaso, es el bollo al que una Reina remitía a sus pueblos en tiempos de hambre.

Ahí está la unidad de las ciencias humanas, si quieren, es decir, que ella hace sonreír si uno no reconoce en ello la función de un límite.

Hace sonreír por cierto uso de la interpretación, como abracadabra de la comprensión. Una interpretación cuyos efectos se comprenden, no es una interpretación psicoanalítica. Basta con haber sido analizado o ser analista para saber eso.

Es por esto que el psicoanálisis como ciencia será estructuralista, hasta el punto de reconocer en la ciencia un rechazo { *refus* } del sujeto.

19 de febrero de 1966

**traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**